

Marco Negrón

Espacio público

Nadie puede negar el importante esfuerzo realizado por PDVSA-La Estancia para la recuperación física de Sabana Grande, sin duda el espacio público más importante de la capital, literalmente masacrado desde el año 2000 por la irresponsabilidad y oportunismo electoral de las autoridades municipales de Libertador. Sin embargo, en más de una ocasión hemos sostenido que en materia de espacio público, si bien su importancia no puede ser desdeñada, el aspecto físico no es lo primordial: de hecho Sabana Grande se consolidó como el gran espacio público de la ciudad desde mucho antes de la construcción del bulevar en 1980.

No hay duda de que su centralidad en la nueva Caracas de la década de 1950, que se expandía hacia el este, fue fundamental para la definición de su rol; pero aún más importante fue la erección de la Ciudad Universitaria en esos mismos años, decisiva en su conversión en el barrio bohemio de aquella Caracas que empezaba a dejar de ser pueblerina: las librerías, los cines, los cafés, bares y restaurantes fueron lo que en definitiva marcó su perfil cívico.

Estas reflexiones vienen al caso por la violencia carnavalesca -“vandálica” la han definido los periodistas-, desatada incluso contra los edificios, que ha tenido como escenario precisamente ese espacio. No queremos aventurar explicaciones, pero cuando se comprueba que en latitudes cercanas el carnaval se celebra hasta con más entusiasmo pero sin incidentes significativos, o que en un municipio vecino como Chacao ya se ha establecido la tradición de Por el Medio de la Calle, la gran fiesta anual de plena apropiación del espacio público sin que tampoco se registren incidentes, la pregunta es inevitable: ¿por qué en el espacio público por antonomasia de la ciudad se presentan periódicamente episodios tan extremos e irracionales de violencia? ¿Quiénes son sus protagonistas? ¿Qué los mueve? ¿Son diferentes de los caraqueños que disfrutaban pacíficamente las fiestas callejeras de Chacao?

Lo que sí nos atreveremos a decir que el espacio público es ante todo un hecho cultural, creado por los ciudadanos más que por los arquitectos, basado en la tolerancia, en la necesidad y el placer de compartir con el otro. Refractario por tanto a la descalificación, a los discursos excluyentes y discriminatorios, a los intentos de regimentación y uniformización. En suma, un indicador de civilización.

macking@cantv.net